

Fabrice Hadjadj

LA CONVERSIÓN DE DON JUAN

Tragedia en tres actos



FABRICE HADJADJ

LA CONVERSIÓN
DE DON JUAN

Tragedia en tres actos

Traducción

IGNACIO GOLMAYO PARDO DE SANTAYANA



Ilustración de portada: *El cantante Francisco d'Andrade como Don Giovanni en la ópera de Mozart*

Primera edición: abril de 2023

© Autor: Fabrice Hadjadj

Traducción: Ignacio Golmayo Pardo de Santayana

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-29245-2022

ISBN: 978-84-19431-03-5

Maquetación: M.^a Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PERSONAJES.....	7
<i>ACTO I</i>	
ESCENA 1. DON ALONSO, DOÑA TERESA	11
ESCENA 2. DON ALONSO.....	19
ESCENA 3. DON ALONSO, PADRE MIGUEL	22
ESCENA 4. DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA TERESA.....	38
ESCENA 5. DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA TERESA, FRAY JUAN.....	46
ESCENA 6. DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA TERESA.....	53
ESCENA 7. DON ALONSO, PADRE MIGUEL	55
<i>ACTO II</i>	
ESCENA 1. PADRE MIGUEL, FRAY JUAN	63
ESCENA 2. FRAY JUAN, SGANARELLE	71

	<i>Págs.</i>
ESCENA 3. FRAY JUAN.	85
ESCENA 4. FRAY JUAN, DOÑA ELVIRA	87
ESCENA 5. FRAY JUAN, DOÑA ELVIRA, DON ALONSO, PADRE MIGUEL.	99

ACTO III

ESCENA 1. DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA ELVIRA, FRAY JUAN.	103
ESCENA 2. PADRE MIGUEL, DOÑA ELVIRA, FRAY JUAN	112
ESCENA 3. SGANARELLE, DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA ELVIRA, FRAY JUAN	119
ESCENA 4. DOÑA TERESA, SGANARELLE, DON ALONSO, PADRE MIGUEL, DOÑA ELVIRA, FRAY JUAN	125
ESCENA 5. DOÑA ELVIRA, FRAY JUAN	132
ESCENA 6. FRAY JUAN, LA VIRGEN DE PIEDRA.	137
ESCENA 7. FRAY JUAN, DON ALONSO, PADRE MI- GUEL, DOÑA ELVIRA	140
POST SCRIPTUM. DON JUAN, ¿Y DESPUÉS?.	143
SIFFREINE MICHEL. URGENCIAS DE REPRESENTACIÓN .	151

Personajes

DON JUAN, convertido en FRAY JUAN de la Puesta en el Sepulcro,

PADRE MIGUEL, superior del hermano Juan,

DON ALONSO, primo del Padre Miguel,

SGANARELLE, antiguo sirviente de Don Juan.

DOÑA TERESA, mujer de Alonso,

DOÑA ELVIRA, hermana de Don Alonso y antigua amante de Don Juan,

LA VIRGEN DE PIEDRA.

Un viejo claustro de Salamanca. Forma parte del convento del Carmen, adosado a la iglesia de San Pedro. Por una puerta abierta, en el centro, se puede ver la nave y una parte de los confesionarios alrededor de los cuales, en fila india, durante el primer acto, van y vienen los fieles. Otra puerta se abre a la derecha, la cual da a un patio exterior y después a la calle. A la izquierda, una puerta más modesta que lleva al resto del convento. Una estatua de la Virgen se coloca más o menos en el centro, entre parcelas de hierba amarillenta y flores en macetas, en este mes de febrero. Formado por pequeñas columnas lo suficientemente anchas como para esconder a alguien de perfil, el claustro ofrece un espacio donde se suceden las apariciones y desapariciones.

La acción se desarrolla hacia el año 1600, un Miércoles de Ceniza, desde el crepúsculo de la tarde hasta el crepúsculo del alba.

En los entreactos, a modo de interludio, se puede cantar este poema de Juan de la Cruz:

Para venir a lo que no gustas
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes
has de ir por donde no sabes.
Para venir a poseer lo que no posees
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres
has de ir por donde no eres.

ACTO I

Escena 1

DON ALONSO, DOÑA TERESA

DON ALONSO. – No.

DOÑA TERESA. – Venga...

DON ALONSO. – No, no diré nada.

DOÑA TERESA. – Amigo mío, Alonso mío...

DON ALONSO. – Más tarde. He prometido decíroslo más tarde.

DOÑA TERESA. – ¡Ahora, os lo ruego! ¿A qué tanta demora? Decídmelo todo ahora, con pocas palabras...

DON ALONSO. – No. Después.

Cuando hayáis salido de ese féretro vertical que nos devuelve a la vida.

Por el momento, concentraos en vuestra conciencia, escuchad su voz, olvidad la de los hombres.

DOÑA TERESA. – Pero me habéis hecho la boca agua con vuestra *cosa*.

Esa *cosa* importante, esa *cosa extraordinaria* que os ha confiado vuestro primo Miguel y de la cual os hace falta —sois vos mismo quien me lo habéis precisado— de la cual os hace falta informarme lo más rápido posible.

“Lo más rápido posible”, ¿no es acaso inmediatamente y sin retraso?

¿A qué atraer tanto la atención para luego callaros?

¿Acaso soy el caniche al que hacéis saltar con un dulce?

¡Os burláis de mí, ciertamente! ¡De lo contrario no habrías transpirado nada de vuestra *cosa*!

DON ALONSO. — Hace un rato, después de mi encuentro con Miguel, habéis visto mi rostro preocupado.

Tenía que tranquilizaros, mas no divulgar nada que pudiera poner os en inquietud.

DOÑA TERESA. — ¡Ya lo estoy, estoy inquieta, ya lo estoy! Es demasiado tarde para mi serenidad. Hablad pues...

¡Ah! ¡Cruel!

DON ALONSO. — Heme aquí, sin embargo, lleno de respeto para con mi frágil y delicada esposa.

Si os anunciare la nueva, tendríais el espíritu demasiado turbado, haríais una mala confesión. ¿Acaso no hemos venido a confesarnos?

DOÑA TERESA. – Mi espíritu ya está suficientemente turbado y si vos no me hacéis saber esta importante noticia quedaré de tal modo que no podré recogerme, ¡y eso será vuestra culpa!

Alonso, por favor... ¡Bah! ¡Os importa un bledo mi delicadeza!

DON ALONSO. – Me preocupo mucho, creedme, sobre todo en este día que marca el comienzo de la Cuaresma.

Un día en que la Santa Iglesia nos manda guardar penitencia y ayuno...

También yo os ayudo a ayunar de vuestro alimento favorito...

DOÑA TERESA. – Dejadme a mí ayudaros a ayunar del vuestro, que es jugar con vuestra esposa.

DON ALONSO. – ¡Cuán baja se agita vuestra atención! Cesad de meteros en chismes, elevaos, pensad en vuestras faltas, pensad que vais a presentaros frente al Juez que perdona a quien ante Él se presenta en

verdad, pensad que de su baño ácido saldréis virgen y lustral como un ángel del cielo.

He aquí vuestra tarea presente, niña mía, he aquí vuestra seria tarea.

El resto bien puede ser dejado para más tarde.

DOÑA TERESA. – ¡Caballero! Ponéis la montura y el freno a vuestro caballo para que piafe en su cuadra, con espuma en los morros, las fosas nasales excitadas por el olor de la llanura en la lejanía, y para acabar, le acusáis de no ser dócil al suplicio, le azotáis por su falta de tranquilidad.

DON ALONSO. – Id, pues, y no tardéis demasiado.

De hecho, no está en vuestros hábitos. Soléis arreglar la cosa bastante rápido, en general.

Habréis vuelto dentro de poco y sabréis toda la historia.

DOÑA TERESA. – ¿Cómo es eso de que yo arreglo la cosa bastante rápido?

Queréis decir que no soy como vos, que podéis quedaros durante horas.

¡Cuántas veces me habéis hecho esperar en el banco mientras que vos...

DON ALONSO. – Os ofrecía tiempo, un precioso tiempo para rezar.

En cuanto a mí... Me hacía falta para bien despiojar mi alma y no dejar al azar el más mínimo recoveco.

DOÑA TERESA. – ¿Creéis, pues, que yo salgo del confesionario toda piojosa? ¿Es eso?

¿Que la gracia me resbala como sobre las plumas de un pato?

DON ALONSO. – No he dicho eso.

La misericordia de Dios es grande. Aunque haga falta acompañarla de nuestros esfuerzos...

DOÑA TERESA. – La misericordia de Dios es grande y yo confío en ella, me sumerjo dentro de la misma a manos juntas y a pies juntos.

Mientras que vos, con vuestros grandes esfuerzos, debéis hacerlos el interesante antes de lanzaros al agua.

¡Escrupuloso que sois! ¡Decidme, os lo ruego, decidme lo que os ha contado Miguel!

DON ALONSO. – Vos llamáis escrúpulo a lo que no es sino rigor.

Por lo menos, en este día de Miércoles de Ceniza, no olvidéis, al oído del sacerdote, de acusaros de

curiosidad mal situada, y de haber cedido demasiado fácilmente a la irritación... a la cólera también... al espíritu de venganza... a aquello que estáis a punto de replicarme.

DOÑA TERESA. – ¡Sois... ¡Sois...

DON ALONSO. – ¡Calla! ¡Estamos... en un lugar Santo!

DOÑA TERESA. – Estoy tranquila. ¡Sois vos quien me sacáis de quicio!

Estoy segurísima de que, si vos os retrasáis tanto en el tribunal de la penitencia, es porque os golpeáis el *mea culpa* con dos dedos.

¿Qué digo yo golpear? Os lo masajeáis, os lo acariciáis, os lo hala...

DON ALONSO. – ¿Me acarició en el *mea culpa*?

DOÑA TERESA. – En cuanto reconocéis un pecado, estoy segura de que enseguida alegáis las circunstancias atenuantes y la ponéis a mi cuenta:

“Es que, padre, con la mujer que tengo, no es tan fácil, la vida se vuelve más estrecha: ¡una verdadera cuerda floja...”

DON ALONSO. – Amor, os recuerdo que os bur-
láis de vuestro marido al umbral del confesionario.

Os parecéis a esos musulmanes que, puesto que
van a ayunar durante el día, encuentran una excusa para
atiborrarse toda la noche. El Ramadán que lo llaman.

Pero no, sois más bien aquella que, sabiendo
que pronto va a lavar su vestido, no teme ensuciarlo:
aprovechad, aprovechad mi querida, pues que se os
absolverá en pocos minutos.

Y, sin embargo, como dice la canción:

No es bueno

La deuda aumentar

Justo antes

Que Dios la vaya a perdonar...

DOÑA TERESA. – Vos lo hacéis mucho mejor.
Vuestra deuda, no la aumentáis antes, ¡la aumentáis
durante!

DON ALONSO. – ¿Durante?

DOÑA TERESA. – Sí señor. Abusáis de la sombra
y del oído indulgente demasiado contento de miraros
al espejo y de que otro os aliente a ello, os despiojáis,
como vos decís, os unguís los cabellos, os quejáis de
vos mismo, de los demás, y después de vuestra espo-

sa, ¡vuestra esposa, a quien estáis haciendo arder de impaciencia ahora mismo!

Alonso, Alonso querido, contadme la *cosa* y os consideraré inocente, habréis saldado todas vuestras deudas conmigo.

DON ALONSO. – Lástima... El sitio queda libre. Marchad pues, y haced buen uso de los últimos instantes de silencio que os quedan, que el sacramento os devuelva a mí más pura y más sumisa.

DOÑA TERESA. – Sumisa, sí, para con Dios, eso sí, a través de un esposo lleno de orgullo, cada vez más insoportable.

DON ALONSO. – Sois bella, andaluza mía, cuando os enfadéis conmigo.

Mas partid, si queréis saber lo más pronto posible la nueva de nuestro primo Miguel...

Desaparece Doña Teresa, yendo hacia el confesionario.

¿Con qué rimaba mi temeridad de entonces para osar una continuación del Don Juan de Molière y del Don Giovanni de Mozart? ¿Cuáles eran mis motivaciones para lanzarme a una obra resueltamente clásica, no solo por su lenguaje, demasiado rico o demasiado demostrativo, sino también por su respeto de las tres unidades de lugar, de tiempo, y de acción? Ya no lo sé muy bien. Me acuerdo de que había leído otras continuaciones: el *Saint Don Juan* de Delteil me había encantado; el *Miguel Mañara* de Milosz me había decepcionado; la novela de Mérimé, *Las Almas del Purgatorio* me había abierto nuevas perspectivas. Creí que todavía había espacio para intentar algo, en el que la conversión no fuese el fin de la comedia, sino el comienzo de lo trágico.

Del *post-scriptum* de FABRICE HADJADJ

Año 1600. El Oro del Siglo comienza a ennegrecer. En una noche en que la Media Luna brilla por encima de las cruces de nuestras iglesias, cual presagio del fin de la cristiandad triunfante de los Austrias, amenazada gravemente por su desmoronamiento interno desde la crisis protestante y por la amenaza turca, se reúnen casualmente en Salamanca, en el claustro de un convento carmelita, los seis protagonistas de la obra. La conversión de Don Juan de Mañara, el burlador de Sevilla, su ingreso en los carmelitas descalzos y la dignidad sacerdotal recibida no deja indiferente a ninguno de ellos, quienes le creían muerto desde hacía una década. ¿Será esta conversión un siniestro augurio del paso de una cristiandad triunfante a un cristianismo místico? ¿Será verdadera esta conversión, o una nueva estrategia del mujeriego para atrapar nuevas presas? Y si fuese sincera ¿aguantaría las tentaciones de una de sus antiguas víctimas que busca revancha?

